



Comentario bibliográfico

Elizabeth Horodowich y Alexander Nigel, *Amerasia* (Nueva York: Zone Books, 2023).

Carolina Martínez

*Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas –
Universidad Nacional de San Martín – CONICET*

carolina.martinez@unsam.edu.ar

Fecha de recepción: 31/07/2025

Fecha de aprobación: 21/08/2025

Las reflexiones de Carlo Ginzburg sobre la distancia de nuestras categorías de análisis respecto de las de los actores que estudiamos resultan un buen punto de partida para comprender los alcances y límites de *Amerasia*, la reciente publicación de la historiadora Elizabeth Horodowich y el historiador del arte Alexander Nagel¹. En “Nuestras palabras y las suyas”, Ginzburg vuelve sobre los postulados de Marc Bloch y Arnaldo Momigliano para focalizar en la permanente disyuntiva de los historiadores respecto de la

¹ Elizabeth Horodowich es reconocida por sus investigaciones en torno a la cultura gráfica y el mundo editorial de las ciudades-estado italianas, que publicó en 2018 bajo el título *The Venetian Discovery of America: Geographic Imagination and Print Culture in the Age of Encounters*. Por su parte, Alexander Nagel ha trabajado en torno al arte europeo en el Renacimiento. En 2016, ambos investigadores recibieron una beca del *National Endowment for the Humanities* (Estados Unidos) para la realización del proyecto *Amerasia: A Renaissance Discovery*.

terminología apropiada para abordar el pasado². A partir de los niveles de análisis *emic* (perspectiva del actor) y *etic* (perspectiva del observador) propuestos por el lingüista y antropólogo Kenneth L. Pike, Ginzburg se pregunta si debe privilegiarse el vocabulario presente en las fuentes o recurrirse a categorías impuestas por el observador³. Para evitar la ventriloquía, el historiador italiano propone comenzar la investigación con nuestras propias categorías para eventualmente llegar a respuestas articuladas en el lenguaje de los actores, vinculadas con las categorías propias de su tiempo⁴.

Más allá de alguna reflexión en este sentido, Horodowich y Nagel no se preguntan explícitamente sobre la distancia entre “nosotros” y “ellos”⁵. Es a través del neologismo “Amerasia” que examinan cómo en la Europa de los siglos XVI y XVII se propagó una imagen difusa en la que América y Asia fueron percibidas como una única entidad (p. 11)⁶. Frente a la narrativa progresista (*progressive narrative*), el libro cuestiona la teoría de que América fue rápidamente reconocida como una nueva entidad geográfica (p. 64) para proponer, en cambio, que fue a través de la noción de “Amerasia” que se asimiló el nuevo conocimiento geográfico (p. 57). “Amerasia” se presenta, entonces, como una macro-categoría (p. 21), una herramienta organizativa y heurística creada por los autores para comprender un conjunto de prácticas representacionales e imágenes superpuestas de lugares lejanos y poco delimitados. Parten de la premisa de que en el siglo XVI no existía “América” en tanto entidad geográfica definida sino una amalgama de identidades y geografías difusas que los autores definen como “Amerasia”. En efecto, bajo el amparo intelectual del neologismo, Horodowich y Nagel reúnen bajo un único descriptor

2 Carlo Ginzburg, “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el oficio de historiador, hoy”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, no. 19 (2013): 7-24. Disponible en:

<https://biblat.unam.mx/hevila/ContrahistoriasLaotramiradadeClio/2012-2013/no19/1.pdf>. Véase también: Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador. Edición anotada por Étienne Bloch* (México: Fondo de cultura económica, 2018), 152-155.

3 La obra de referencia para Pike es: Kenneth L. Pike, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behaviour*, Part II (Glendale, California: Summer Institute of Linguistics, 1955).

4 Ginzburg, “Nuestras palabras y las suyas”, 16.

5 En las páginas 20 y 21 los autores defienden el uso del neologismo por distinguirse fácilmente las herramientas del período: “Heuristic tools, like the neologism Amerasia or the typology of associations just outlined, are helpful because they are not so easily confused with period tools” (p. 20).

6 La “narrativa progresista” sostiene que la confusión colombina fue disipada poco después de los primeros viajes a las Antillas gracias a los relatos de Vespucio y al mapamundi (1507) de Martin Waldseemüller, que terminaron por otorgarle a América el estatus de continente.

una miríada de expresiones artísticas y culturales disímiles asociadas unas a otras por medio de analogías, elipses y omisiones.

En los diecisiete capítulos que componen la obra, a partir de distintos estudios de caso los autores abordan la producción de un *Amerasian knowledge* (p. 206), un *Amerasian thinking*, un *Amerasian understanding of the world* (p. 51) y hasta una *Amerasian vision of the world* (p. 187) (una comprensión y visión amero-asiáticas del mundo, respectivamente). Para ello, adoptan el formato del muestrario o *cabinet display* (p. 15), pues si bien los capítulos están ordenados cronológicamente –desde el primer viaje de Colón hasta fines del siglo XVIII– y se encuentran siempre dentro del horizonte del “imaginario europeo”, constituyen ejemplos bastante aleatorios del *Amerasian phenomenon* (fenómeno amero-asiático). Relatos de viajes, esculturas, piezas de orfebrería (Cap. VIII. *Copper Bells: The Search for Asia North of Mexico*) y arte plumario, pinturas (Caps. III. *Amerasia Magi* y IV. *Raphael's Global Philosophy*), obras cartográficas (Cap. IX. *The Swelling Earth: French Navigations in the Amerasian Imaginary*) y otras expresiones de la cultura europea, así como las prácticas que implican la elaboración y organización de estos objetos, son estudiados como cristalizaciones de la imagen del mundo que los europeos construyeron por efecto de su expansión transoceánica (p. 17). El libro cuenta con una introducción y epílogo escritos por los autores así como con breve un apartado final (*Afterword. Chinese Cartographers Map the World*) en el que el historiador canadiense Timothy Brook presenta la visión que China construyó del mundo en el mismo período.

A lo largo del libro, el objetivo de Horodowich y Nagel es demostrar cómo, para la Europa de los siglos XVI y XVII, las noticias de Asia y América confluyeron en un único imaginario amero-asiático que no constituyó una anomalía sino una expresión de las posibilidades de imaginar el mundo en el período estudiado. Los argumentos más sólidos en esta línea se presentan en los capítulos XI (*Moctezuma the Great Khan: Caspar Vopel's Global Vision*) y XV (*Figuring the World I: The New World Print*)⁷. En el capítulo XI, a partir del análisis de la toponimia y disposición de los

7 Por su parte, en relación con el impacto generado por el hallazgo de una nueva parte del mundo y la composición de las alegorías de sus cuatro partes, los argumentos esgrimidos en los capítulos VII (*The Revelation of the Earth: Parmigiano's Madonna of the Earthly Globe*) y XVI (*Figuring the World II: The World and its Parts*) resultan un tanto forzados. La lectura en clave apocalíptica de la mirada del Niño Jesús sobre el mundo en el cuadro *Virgen de la rosa* (c. 1530) de Parmigianino resulta, cuando menos, una riesgosa sobreinterpretación (p. 161). A la vez, en la página 333, los autores señalan que el canibalismo y las plumas atribuidas a América derivan del imaginario asiático,

continentes en el mapamundi del matemático y cartógrafo alemán Caspar Vopel (1511-1561)⁸, los autores demuestran cómo para algunos geógrafos del siglo XVI Asia y América se encontraban mutuamente conectadas a través de una sucesión casi infinita de islas (pp. 225 y 245). El capítulo retoma la lógica de la continuidad elíptica (*logic of elliptical continuity*), que Horodowich y Nagel formulan en el capítulo VI (*Columbus Meets Polo, or the Logic of Elliptical Continuity*). Allí, señalan con acierto cómo, por su propia estructura textual, los relatos de viajes, derroteros, compilaciones y cosmografías aproximaron lugares geográficamente alejados omitiendo o minimizando las distancias y dificultades implícitas en el traslado (p. 144). Por su parte, el capítulo XV constata la importancia de la imprenta en la fabricación europea de una imagen del mundo (pp. 314-315). Entre otros ejemplos, a través del análisis de los grabados que componen la serie dedicada a descubrimientos o invenciones recientes (*Nova Reperta*), hechos por el artista flamenco Johannes Stradanus (Jan Van der Straet) (c. 1587-1588), los autores confirman el protagonismo de las imágenes impresas en la divulgación de una nueva *imago mundi* (p. 311).

En la medida en que Horodowich y Nagel conciben “Amerasia” como un paradigma organizativo o matriz de comprensión del mundo (pp. 23-24), los autores se reconocen deudores de las propuestas condensadas por Ricardo Padrón en *The Indies of the Setting Sun* (2020). En esta obra, por medio de la noción de “espacio transpacífico”, Padrón propone que la monarquía católica conectó y visualizó América y Asia como un único espacio imperial a través de la imagen que construyó del Mar del Sur⁹. Según el historiador, en el transcurso del siglo XVI existió un “imaginario geopolítico más amplio que nunca mapeó el Nuevo Mundo y Asia como lugares totalmente distintos, separados el uno del otro geográficamente e inclusive ontológicamente por

cuando son los propios Abraham Ortelius y Cesare Ripa quienes, en 1570 y 1603 respectivamente, enumeran los relatos de viaje americanos sobre los que basan sus alegorías. Véase: Carolina Martínez, “‘Salvajes desnudos, feroces y caníbales’: textos fundacionales e imágenes cartográficas en la construcción de América como Pars Quarta”, en *Pensar América desde sus colonias: textos e imágenes de América colonial*, ed. Silvia Tieffemberg (Buenos Aires: Biblos, 2019), 37-58.

- 8 Se trata del mapa titulado *Nova et integra universalisque orbis totius... descriptio*, realizado por Vopel en 1545 y del que solo ha sobrevivido la copia veneciana grabada por Giovanni Andrea Vavassore en 1558. El mapa es explorado en detalle, georreferenciado e intervenido con explicaciones de distintos especialistas en la página web que los autores mencionan hacia el final del libro: https://www.ifaresearch.org/amerasia/#_
- 9 Ricardo Padrón, *The Indies of the Setting Sun. How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West* (Chicago: Chicago University Press, 2020), 3.

un enorme y vacío océano entre ellos”¹⁰. La continuidad entre ambos espacios, que Padrón observa para el caso español (p. 229), es retomada por Horodowich y Nagel para la totalidad de Europa y analizada en fuentes de naturaleza diversa, producidas por actores no necesariamente ibéricos ni en vínculo con el poder regio. Para los autores, en tanto macro-categoría, la noción de “Amerasia” permite comprender la asociación de espacios, topónimos, objetos y culturas que en la actualidad concebimos como entidades diferenciadas (p. 203). En este sentido, el libro no solo intenta responder cómo estaba conformado el mundo para los actores del siglo XVI, sino a través de qué imágenes se lo figuraba.

Hasta aquí, resulta claro que “Amerasia” es una categoría *etic* producida por Horodowich y Nagel para comprender su objeto de estudio. ¿Pero qué hay de las categorías *emic* que, utilizadas por los actores del período estudiado, permitieron comprender ese mundo en ciernes? ¿En qué medida sustituir la noción de Indias Orientales y Occidentales por “Amerasia” puede ser considerado beneficioso en términos heurísticos? En el libro, no resulta demasiado claro por qué “Amerasia”, en tanto categoría *etic*, tiene más que ofrecer que la terminología *emic* articulada por los actores del período para organizar un caudal de información, objetos, personas y prácticas novedoso. ¿Dividir a las Indias en orientales y occidentales no fue, acaso, una forma de parcelar y, por lo tanto, ordenar el conocimiento que se tenía sobre zonas del orbe terrestre hasta entonces desconocidas?¹¹ Los autores abordan el uso de esta categoría en los capítulos I (*Emergent Amerasia: India Beyond the Ganges*) y XII (*India as a Semantic Field*). En el primero, señalan cómo, a fines del siglo XV, la llegada de Colón a las Antillas —y su designación de los taínos como indios— dio inicio a un imaginario geográfico maleable y difuso que perviviría hasta mediados del siglo XVII (p. 35). En su opinión, fueron la supuesta proximidad y la similitud climática (i.e. su fertilidad tropical, etc.) de América y Asia las que hicieron confluir en el imaginario europeo dos entidades separadas

10 Padrón, *The Indies of the Setting Sun*, 23: “...a broader geopolitical imaginary that never mapped the New World and Asia as entirely different places, separated from each other geographically and even ontologically by a massive, empty ocean stretching between them”. La traducción es nuestra. En este punto, Padrón reconoce los trabajos en esta dirección realizados previamente por Horodowich y Nagel.

11 La inclusión de territorios recientemente descubiertos dentro del nomenclador “Indias” no fue exclusivamente ibérica. In su *Cosmografía* de 1544, Münster dedica una sección a las Indias Nuevas (*India Nova*), Theodore de Bry y su familia de grabadores organizó su monumental compilación de viajes en dos corpus, dedicados a las Indias Orientales y Occidentales, holandeses, ingleses y franceses nombraron sus compañías comerciales según las “Indias” sobre las que tenían injerencia (ej. la *West India Company*, la *Geotrooieerde Westindische Compagnie*, la *Vereenigde Oostindische Compagnie*, La *compagnie française des Indes Orientales*, etc.).

geográficamente y, en la actualidad, completamente diferenciadas en términos de imaginarios (p. 37). En la imaginación medieval, India ya era un lugar de alteridad (pp. 32 y 34), por lo que aun ampliándose sus límites preservó su condición de lugar-otro.

Una respuesta posible a los interrogantes planteados se encuentra en la introducción, donde, entre otros aspectos, Horodowich y Nagel señalan que si bien el término India (e indios) fue utilizado para referirse tanto a América como a Asia, llegando incluso a conceptualizarse en dos partes (i.e. las Indias Orientales y las Occidentales), conceptos meta-geográficos tales como “Amerasia” resultan más efectivos. Pues permiten sortear el encorsetamiento al que las divisiones disciplinares actuales (ej. la historia moderna, la historia de Asia, la historia de América, etc.) han sometido las conexiones e imaginarios de los siglos XVI y XVII (p. 20). Aun así, la preferencia que los autores dan al neologismo “Amerasia” por sobre la terminología del período (Indias occidentales y orientales, Nuevo Mundo, etc.) (p. 21) resulta, en el mejor de los casos, redundante. De tomarse en cuenta las indicaciones de Momigliano evocadas por Ginzburg, *Amerasia* no logra mantener viva “esa tensión entre nuestras preguntas y las respuestas que obtenemos de las pruebas y las evidencias”¹².

Al margen de estas consideraciones, merecen atención algunas observaciones. En primer lugar, el libro presenta como novedades cuestiones que ya habían sido tratadas por la historiografía (*helàs!*) no anglosajona. Los autores enfatizan que, en el período estudiado, la noción de “nuevo mundo” sirvió para designar las tierras recientemente descubiertas tanto al oeste (América) cuanto al este (Asia) de Europa. Fue gracias a la historiografía reciente, señalan Horodowich y Nagel, que pudo desterrarse la asociación del Nuevo Mundo con América, arraigada en el mundo académico hasta hace relativamente poco tiempo (p. 48). Los autores olvidan, sin embargo, que la amplitud geográfica de la categoría Nuevo Mundo había sido sugerida tiempo atrás por el geógrafo francés Numa Broc. En *Géographie de la Renaissance*, publicada en 1986, Broc había postulado que “la expresión Nuevo Mundo que reservamos actualmente a América, es aplicada en el siglo XVI a todas las tierras nuevas descubiertas hacia el este como hacia el oeste”¹³. Un olvido similar ocurre en el capítulo V (*Extremities of the Earth*), cuando el enredamiento o

12 Ginzburg, “Nuestras palabras y las suyas”, 17.

13 Numa Broc, *Géographie de la Renaissance* (París: Éditions du Comité des Travaux historiques et scientifiques, 1986), 32: “Notons d’abord que l’expression *Nouveau Monde* que nous réservons aujourd’hui à l’Amérique, est appliquée au XVI^e siècle à toutes les terres nouvelles découvertes vers l’est comme vers l’ouest”.

entrelazamiento del imaginario amero-asiático (“entangled Amerasian imagery”) es ejemplificado con los grabados que acompañaron el relato del viaje a la India de Ludovico Varthema (p. 120). En esta ocasión, Horodowich y Nagel omiten los aportes de Lisa Voigt y Elio Brancaforte, imprescindibles para comprender la circulación de imágenes impresas sobre nuevos tipos de alteridad y cruciales en el caso de los grabados de Varthema en particular¹⁴.

Por otra parte, los autores formulan algunas hipótesis sin darles demasiada continuidad. Si bien sostienen que “Amerasia” devino un concepto como resultado de los encuentros con tradiciones indígenas de producción de saberes (pp. 23 y 39), no examinan la incidencia de las agencias locales en ninguno de los casos escogidos. En la misma línea, al analizar el mapamundi hecho por Martin Waldse Müller en 1507, los autores afirman pero no necesariamente fundamentan que el cosmógrafo de Saint Dié “nombró a América pero su concepción del nuevo mundo era amero-asiática” (p. 60)¹⁵.

Se destaca, por último, la utilización un tanto reducida de bibliografía no anglófona. El análisis de la relación entre América y Asia en la primera modernidad tanto como la producción de imágenes sobre ella o el estudio de la metamorfosis del Nuevo Mundo a América y luego a *Pars quarta* podrían haberse enriquecido con las investigaciones provenientes de otros mundos académicos tal como el de la historia de América colonial. Aunque en relación con este último punto el libro no es una excepción, la amplitud del horizonte bibliográfico podría haber constituido un aporte valioso a la discusión sobre la mirada de elementos que permiten articular una visión de mundo y comprenderlo.

14 Lisa Voigt y Elio Brancaforte, “The Traveling Illustrations of Sixteenth-Century Travel Narratives”, *PMLA*, vol. 129, no. 3 (2014): 365–98.

15 En el original: “named America, but his conception of the new world was Amerasian.”